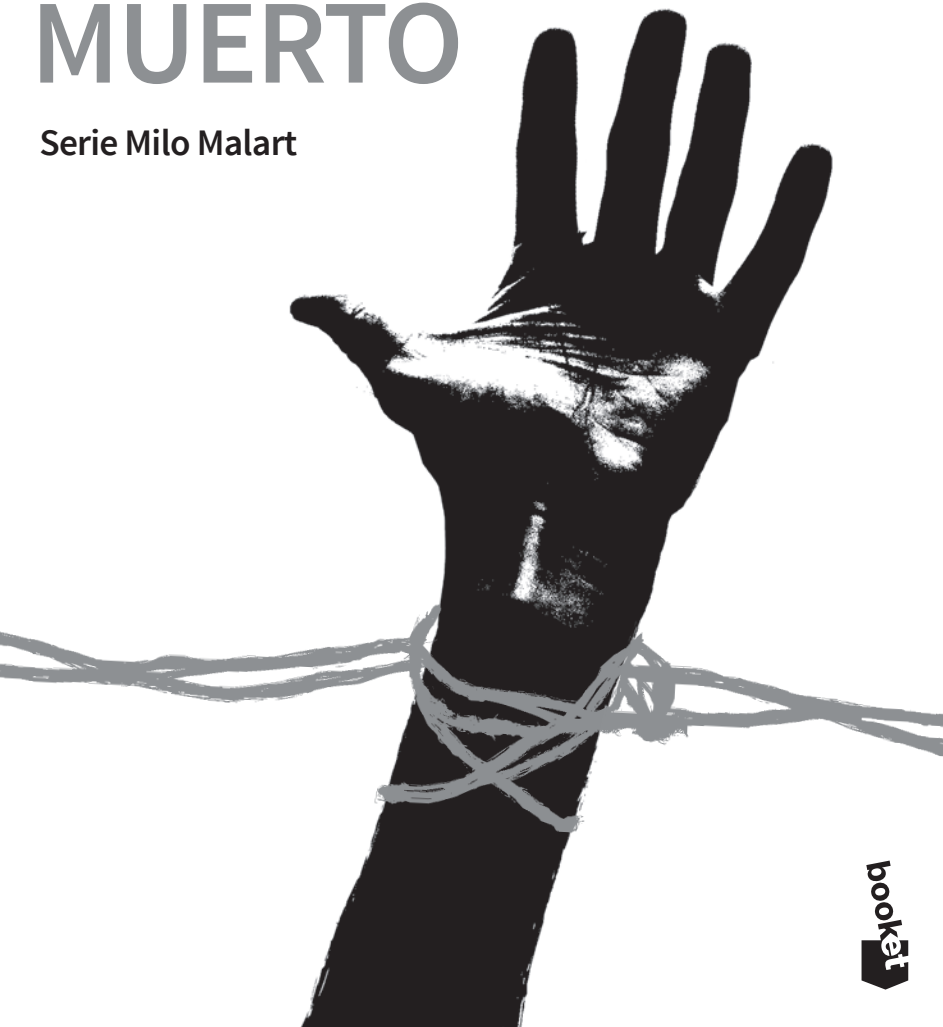


ARO SÁINZ DE LA MAZA EL ÁNGULO MUERTO

Serie Milo Malart



Aro Sáinz de la Maza

El ángulo muerto

Serie Milo Malart

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Aro Sáinz de la Maza, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: Cover Kitchen

Primera edición en Colección Booket: enero de 2020

Depósito legal: B. 25.098-2019

ISBN: 978-84-233-5668-3

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

1

Nadie acudía allí por gusto, a pesar de ser uno de los edificios más frecuentados de la ciudad. De apariencia sobria y minimalista, se recortaba contra el cielo plomizo, abarrotado de nubes oscuras, y la gente accedía al interior con la cabeza baja y los rostros solemnes, en actitud resignada. La mayoría vestía ropas negras y hablaba en susurros. Apenas se oían risas. En un extremo de las puertas corredizas, un hombre de mediana edad lloraba cara a la pared; a un par de metros, aguardaban una mujer y un niño cogidos de la mano. Ella, con expresión de impaciencia; el pequeño, con cara de susto.

El inspector Milo Malart hizo una mueca y ascendió el último tramo de la cuesta que conducía a la entrada. A su lado, la subinspectora Rebeca Mercader se arrebujó en su grueso anorak.

—No me explico que solo lleves una cazadora estando como estamos a cero grados —dijo—. ¿No estás congelado?

—El frío es un estado mental. Y te recuerdo que venimos a ver a un sospechoso, no a cazar osos.

—¿Estado mental? Ya te daré yo a ti estado mental —dijo Rebeca, exhalando nubes de vapor como un tubo de escape.

Entraron en el tanatorio de Les Corts.

Mientras ella se quitaba los guantes y el gorro de lana, Milo se aproximó a una pantalla junto al mostrador de recepción para averiguar qué sala de velatorio estaba reservada a nombre de la familia Costa. Luego, se encaminó hacia las escaleras.

Rebeca apresuró el paso para alcanzarlo.

—¿Cuál es?

—La seis.

A diferencia de los antiguos tanatorios de Barcelona, el de Les Corts se caracterizaba por la luminosidad que le proporcionaba un amplio espacio interior abierto al cielo, alrededor del cual se distribuían las quince salas de la primera planta. Cerrado herméticamente por paredes de cristal, un cuidado césped, además de varios cipreses y cuatro bancos de granito, acogía a quienes necesitaban tomar el aire o sosegar un rato fumando un cigarrillo sin salir del edificio.

—Ni loca me meto en esa nevera —dijo ella.

Llegaron al final de las escaleras, y el inspector Malart dio un vistazo circular por el enorme distribuidor. Divisó la sala seis. Un grupo de unas treinta personas se agolpaba cerca de la puerta. Ellos, con trajes oscuros, camisa clara y corbata; ellas, con vestidos negros, tacones y medias. En el centro, un hombre con expresión compungida, grueso, de baja estatura, mandíbula redonda y cara plana recibía los pésames de rigor tras los abrazos y besos, y algunas condolencias sin sentido, como pudo escuchar Milo al llegar a su altura.

Marcelo Costa, el hijo del fallecido, lo reconoció enseguida. No podía ser de otra manera. Malart destacaba entre la gente por su indumentaria: tejanos, botas amarillas de leñador canadiense, duras y pesadas, jersey negro de cuello alto y cazadora deslustrada de piel, además de por su altura y aspecto descuidado, con barba de dos días,

pelo despeinado y pinta de no haber dormido en una semana. Cruzaron una mirada, y los ojos saltones de Costa, subrayados por grandes bolsas de color morado, emitieron varios mensajes. Sorpresa, temor, alarma, ira, alivio. Milo tomó nota de todas aquellas señales contradictorias.

Extendió la mano y el otro la estrechó de forma mecánica. Su mano era fofa, blanda.

—Señor Costa, mi más sincero pésame. ¿Podríamos hablar un momento a solas?

El hombre tensó la expresión.

—No sé qué hacen aquí, ya les conté todo lo que sabía.

—Solo son unas preguntas, cuestión de pocos minutos.

—¿Y no pueden esperar? Estamos en pleno velatorio —dijo, en un susurro. Con un gesto indicó al grupo de alrededor, cada vez más numeroso—. Tengo que recibir a familiares y amigos, y mañana es el entierro. Con lo que han tardado en entregarnos el cuerpo de mi padre para poderle dar sepultura y ahora ustedes...

—Eso dígaselo al Instituto de Medicina Legal, señor, no es cosa nuestra. Otra posibilidad es que nos acompañe a comisaría.

Costa respiró hondo mientras miraba de reojo a las personas que, de forma disimulada, no les quitaban la vista de encima.

—Está bien, como quieran —dijo—. Pero ¿no podrían hacerme esas preguntas en otro sitio más apartado? Ya me entienden...

—Perfectamente —dijo Milo. Señaló las escaleras—. Como usted fuma, podríamos salir al jardín interior, ¿le parece bien?

Marcelo Costa asintió con un cabeceo impaciente.

—Terminemos cuanto antes —dijo, echando a andar.

El inspector Malart, sin hacer caso a la mueca de fas-

tidio que le dedicó su compañera, se dispuso a imitarlo cuando una mujer se interpuso en su camino. Vestida con unos anchos pantalones a juego con un blusón negro, que apenas disimulaba su pronunciado embarazo, Marta Servert, de rostro anodino repleto de manchas rojas, y gesto tímido y apocado, se dirigió a su marido con expresión preocupada.

—¿Ocurre algo, Marcelo? ¿Qué hacen aquí estos policías?

—Tranquila, cariño, voy a hablar unos minutos con ellos y enseguida vuelvo. Atiende a la gente mientras, ¿quieres?

Ella se llevó una mano a la abultada panza.

—No entiendo, ¿hay algún problema? —Se encaró con Milo y Rebeca. Procurando aparentar naturalidad, se esforzó en no levantar la voz—. Estamos en un velatorio, nos están molestando, esto es muy inadecuado. ¿Cómo se atreven? Y..., y delante de nuestros... Es vergonzoso, hagan el favor de marcharse y...

—Señora, no se altere, no le conviene en su estado —cortó la subinspectora Mercader—. Solo son preguntas de rutina, nada de lo que deba preocuparse.

Ella la miró de arriba abajo, con recelo. Luego, agarró a su marido del brazo y, nerviosa, dijo que iba a llamar a un abogado.

—Hágalo, señora —dijo Milo—. Es buena idea si su esposo tuviera algo que ocultar. —Se dirigió a él—: Señor Costa, ¿nos ha ocultado algo? ¿Desea llamar a un abogado?

—Cielo, estamos llamando la atención. —Soltó la mano de su mujer—. No compliquemos más las cosas, ¿para qué vamos a llamar a nadie? Responderé a sus preguntas y asunto concluido. ¿No es así, inspector?

—Así es, en efecto.

Costa besó a su esposa en la mejilla, y los tres reanuda-

ron el camino hacia la planta baja. Marta Servert observó sus espaldas sin dejar de acariciarse la panza, como calmado a la criatura.

Rebeca abrió la puerta de cristal que daba acceso al pequeño jardín interior, Costa y Milo la franquearon, y luego lo hizo ella, cerrándola a continuación. Se ajustó el anorak hasta la barbilla y, mientras ellos ocupaban uno de los bancos, se recostó en la puerta, a pocos pasos, y se puso el gorro y los guantes sin dejar de sujetar una tablilla portafolios bajo el brazo.

Costa cruzó las piernas al tiempo que se tapaba el cuello con las solapas de la americana.

—Bien, ustedes dirán.

—¿De cuánto está su esposa? —preguntó Milo.

—Ocho meses.

—O sea que esperan a la criatura para febrero, buena fecha. Acuario o piscis, si no me equivoco. Da igual, ambos son buenos signos. ¿Y qué será, niño o niña?

El hombre parpadeó con estupor.

—Niño —dijo.

—Excelente noticia, le felicito. Y felicite a su mujer de mi parte. Es el primero, ¿verdad? Ya verá, los hijos son una bendición. No hay nada como traer un hijo al mundo, créame.

—Esto..., es usted muy amable, gracias.

—Le va a cambiar la vida —añadió Milo, sonriendo—. Son geniales. No se imagina la experiencia que va a vivir. Y si no, al tiempo. Ya me lo dirá dentro de unos meses.

Costa se rascó la nuca.

—Inspector, ¿podríamos ir al grano con esas preguntas?

Milo le palmeó la rodilla varias veces con suavidad.

—Marcelo, Marcelo, ¿qué vamos a hacer contigo?

—Perdón, ¿cómo dice?

—Sabemos que fuiste tú quien mató a tu padre. Tenemos pruebas que demuestran sin ningún género de duda que tú eres el culpable —dijo.

Acto seguido, estudió al asesino. Sus reacciones.

El hombre lo negó por activa y por pasiva, una y otra vez. Milo se mantuvo en silencio, con la mirada clavada en su interlocutor. A pesar de la temperatura gélida de aquella nevera de cristal, descubrió que unas gotas de sudor empezaban a resbalar por su pálida frente.

—Por Dios bendito, le digo que yo no he matado a nadie.

Les repitió su teoría de que los asesinos habían sido unos ladrones, que habían logrado colarse en el vestíbulo del edificio, y, de ahí, tras forzar la puerta del patio, habían trepado por los bajantes hasta el segundo piso, donde habían roto la ventana del baño para entrar en el domicilio de su padre. E insistió en que estaba claro que los asaltantes sabían que guardaba una importante cantidad de dinero en la caja fuerte, que lo coaccionaron con violencia para que les dijera la combinación, pero que no contaban con que sufriera un infarto.

—La tensión, a su edad. Fue demasiado para mi pobre padre.

Milo atendió su relato sin mover un músculo de la cara. No le extrañó la profusión de detalles. Era lo habitual en alguien que fabulaba, en alguien que mentía.

El hombre prosiguió afirmando que este tipo de asaltos estaban a la orden del día, que ocurrían constantemente.

—No hay más que leer la prensa. Son bandas de profesionales, la mayoría de los países del Este, que..., que al ver que estaba muerto se largaron sin llevarse nada.

Empezó a atropellarse con las explicaciones, a lanzar

miradas huidizas hacia el grupo de amigos y familiares que se asomaba a las paredes acristaladas. Esbozó una sonrisa. Milo detectó que era falsa a todas luces por su asimetría, no había rastro de patas de gallo ni del leve descenso de las cejas.

—¿A usted le parece que tengo agallas para matar a alguien? Y, además, ¿qué motivo podría tener yo?

Mantuvo la sonrisa falsa hasta que consiguió mover los músculos orbiculares de los párpados, logrando que aparecieran por fin las patas de gallo. Pero las cejas, sin descender un ápice, volvieron a traicionarlo.

—Tiene que creerme, inspector. Soy inocente. Yo no tuve nada que ver.

Alzó las cejas, aunque no pudo evitar que se aproximaran entre sí, señal de temor e inquietud. «Maldito Ekman y su manual sobre cómo detectar cuándo mentía un sospechoso», pensó Milo, quien seguía sin despegar los labios, empezando a aburrirse. Y, cuando se descubrió analizando hacia dónde enfocaban sus ojos, se dijo que ya tenía suficiente de tanta pamema.

—Marcelo, voy a darte un consejo. Empeñarse en mantener la mentira te acarreará peores consecuencias que las que tendrás si confiesas, no sé si me explico.

—Se lo juro, yo no fui. Los responsables fueron esos asaltantes que ataron a mi padre a una silla y le metieron un pañuelo en la boca —dijo. Se aflojó el nudo de la corbata—. Esos hijos de puta son los culpables de su muerte, no yo.

Milo señaló hacia arriba, al grupo de familiares y amigos.

—Piensa, Marcelo, piensa. Se van a enterar de todos modos. Te irá mejor si confiesas. Sabemos que lo hiciste tú. Tenemos pruebas, pruebas irrefutables.

Costa aguantó su mirada unos segundos. Luego, sacó un paquete de tabaco y se entretuvo encendiendo un ciga-

rrillo. Al exhalar el humo, descruzó las piernas y las volvió a cruzar.

Después de la tercera calada, dijo:

—No sé de qué pruebas me habla, yo no...

—Mientes —cortó Milo—. Sabemos que tú lo hiciste.

—A la hora en que se cometió el crimen yo estaba con...

—Con tu mujer, durmiendo. Es tu coartada. Consta en su declaración. Que no saliste de casa en toda la noche. Pero ella tiene el sueño muy pesado, y no se despertó cuando abandonaste el piso. Hemos hecho preguntas, investigado un poco. Marcelo, cometiste un error. Uno entre tantos. Olvidaste las cámaras.

—¿Cámaras? —Aceleró el ritmo de las caladas.

—De tráfico. Como las que hay en la plaza del doctor Barraquer, frente a tu domicilio. Te grabaron saliendo del parking en tu coche.

—Fui en busca de una farmacia de guardia porque...

—Y como las que hay en el cruce de Vía Augusta con Santaló. Te grabaron torciendo en dirección a la calle Herzegovina. ¿Y quién vivía allí? Bingo. Tu padre, la víctima.

—Me dirigía a la farmacia de la calle Descartes, yo...

—Tercera cámara: la situada en la plaza Boston, donde desemboca Herzegovina. Y no me hables de la farmacia que hay en las proximidades porque aquella noche no estaba de guardia.

Costa se rascó detrás de la rodilla en un gesto inconsciente, y justificó no habérselo explicado antes porque no tenía nada que ver con el caso. Dijo que se había limitado a dar un paseo, nada más.

—Como quieras —dijo Milo—. ¿Más pruebas?

Marcelo se cruzó de brazos. Asintió.

—Tu padre tenía un perro, un pastor mallorquín, negro como el azabache. Ningún vecino lo oyó ladrar. ¿No

te extraña? Esa raza es fiel a su amo hasta la muerte, y no estamos hablando de un perro de aguas. Por lo menos pesa cuarenta kilos, por eso tu padre lo llamaba *Gros*. Un pedazo de animal. ¿Y entran unos ladrones y se queda tan pancho, sin ladrar ni defender a su dueño? A otro con ese cuento, Marcelo.

—A lo mejor lo drogaron, eran unos prof...

—No te canses, lo hemos comprobado. Ni rastro de drogas.

Marcelo tiró la colilla al suelo y la aplastó con el zapato.

—No se crea todo lo que dicen de los perros —dijo. Se frotó la cara interna del antebrazo. Extrajo otro cigarrillo—. *Gros* es manso como un corderito, dócil con los extraños. Mi mujer no lo soporta, no quiere que le ensucie el piso, lo tenemos en el coche, en el parking del tanatorio. Dice que...

—Con todo respeto, me importa un carajo lo que diga tu mujer. Mira, puede que tuvieras tus motivos para matarlo, es algo que puedo entender. Pero ya puestos, podrías haberlo hecho bien. Eres un chapucero.

Costa se incorporó.

—No tengo por qué aguantar...

—Siéntate, Marcelo —dijo Milo. Obedeció en el acto—. Sigo con tus errores. La ventana rota del baño, por ejemplo. Hallamos los cristales en el patio de luces, y no en el aseo, que es donde deberían haber caído. Error de primero de párvulos. Luego está lo de la puerta del patio, que, según tú, es por donde se colaron los ladrones tras forzarla. Pero no encontramos marcas de tal cosa, otro detalle que se te olvidó.

—El conserje la pudo dejar sin cerrar, es mayor y...

—Y tampoco descubrimos marcas ni huellas de pisadas en los bajantes. ¿Me estás diciendo que tu padre abrió la puerta a unos desconocidos poco después de medianoche?

—¿Qué quiere que le diga? Ustedes son los investigadores.

—Un chapucero, Marcelo. Eso es lo que eres.

El hombre enrojeció. Al cabo de unos instantes, reiteró que él no había matado a nadie en su vida, que era un hombre pacífico, trabajador, fiel amante de su esposa..., y que nunca se le pasaría por la cabeza cometer nada parecido. Que sentía mucho no haber sido sincero con ellos respecto al paseo que había dado la noche de autos, pero que consideró que era un detalle que no aportaba nada a la investigación y que por ese motivo lo había soslayado. Que comprendía que aquello hubiera levantado sospechas hacia él, pero que eran infundadas, una pérdida de tiempo, y que lamentaba haber silenciado el episodio, deshaciéndose a continuación en disculpas.

Milo escuchó su palabrería sin pestañear. No le gustaba aquel tipo tan untuoso. Sin embargo, hablar con él era parte de su trabajo. En concreto, arrancarle una confesión. Sabía que era culpable, no albergaba ninguna duda, pero no disponían de pruebas de peso, tan solo de algunas circunstanciales, y la única forma de ponerlo a disposición del juez era lograr que admitiera haber cometido el asesinato. El manual señalaba el camino: aumentar su ansiedad, provocarle la necesidad de liberarse del peso de su crimen, demoler su resistencia, reducir las consecuencias negativas que temía padecer si confesaba, ofrecerle excusas morales, minimizar la gravedad de su acto, desplazar la culpa...

Pero el manual no siempre funcionaba.

Además, él no se fiaba de los manuales.

Con aquel tipo tendría que improvisar otro camino. Y sabía cuál. Lo percibía con claridad. Tendría que pulsar en su ánimo la emoción de la que estaba más necesitado. Su punto flaco. La avería. Aunque hacerlo le revolviere las tripas.

—Hablas de puta madre, Marcelo. Pero no me convences. Haces trampa, y eso no vale. Tu declaración está repleta de inconsistencias y mentiras. Nada encaja.

—Yo no he matado a nadie —dijo, la voz monótona.

—Según la autopsia, tu padre no murió por un infarto, sino por asfixia. Se ahogó en su propio vómito. Es una muerte horrible. —Señaló hacia arriba—. Por eso ahora está ahí, en la sala de velatorio. Solo. Recibió su castigo, ¿no es eso?

Costa dilató los ojos, confundido.

—¿De qué demonios habla?

—De que era un capullo como la copa de un pino.

El hombre arrugó los labios a la vez que elevaba la vista al cielo encapotado. Hizo que no suavemente con la cabeza.

—En eso acierta. Era un cabrón.

Milo estrechó la distancia que los separaba en el banco.

—Suele suceder. Para ser padre no se necesita sacar carnet. Si yo te contara cómo era el mío... Por eso digo que puedo entenderte. A veces, no hay otra salida. Y se te ocurrió lo de aparentar un robo, para disimular el asesinato.

Costa permaneció en silencio, la cabeza hacia las nubes cada vez más densas y oscuras. Dejó escapar un suspiro.

—Va a llover —dijo—. O tal vez, con un poco de suerte, a nevar. ¿No sería genial? Es cielo de nieve.

Milo se volvió hacia Rebeca y, con disimulo, le hizo el típico gesto del surfista, pero acercando el pulgar a la oreja y el meñique a los labios. Ella, de inmediato, extrajo el móvil del bolsillo.

—Marcelo.

—Yo no he hecho nada —dijo, sin bajar la mirada.

Milo se levantó despacio, se situó frente a él, y se do-

bló hasta acercar la cara a escasos centímetros de su rostro.

Le puso las manos en los hombros y dijo:

—¿Te cuento cómo veo yo que fue la cosa?

—Haga lo que quiera. Total, para lo que va a servir.